



EL CENCERRO

Cencerrada 135

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de San Dimas, 17, tercero

MADRID.—1900

EL DESAFÍO DE FRAY LIBERTO

—Pus ahí tiene osté, nostramo mi dimisión de Lego, por si hay necesidá de que osté me la admita.

—¿Pero qué es eso, hijo mío? ¿Te he dado yo algún motivo para que me quieras dejar?

—No, señor; es que me voy á batir el cobre con un boceras.

—¡Jesucristo me valga!

—Sí, señor; voy á ir al terreno del ho-

nor y no quiero que digan luego que he abusao de mi superioridá de Lego.

—Pero, hombre, ¿no sabes que á la gente de iglesia le están prohibidos los lances de honor?

—Estén como quiera, no hay más remiendo que batirse.

—¿Y con quién? ¿Y por qué? ¿Te ha cogido en algún desliz el marido de alguna beata? Ya te reprendí mil veces por tus excesos y tú no quisiste hacerme caso.

—No, señor; es que *sobre vino* una pendencia entre el sacristán de la parroquia

y yo; él me llamó borrachón, y yo le aticé dos gofetás. Después me envió dos tenientes de cura en clase de padrinos, y yo nombré al tío Conejo y á Juan Repica pa que se entiendan con ellos, y ahora están los cuatro tratando la custión.

—¿Y á qué pensáis batiros?

—Yo no lo sé; pero regularmente será á lanza, á cañón... ó á bota. El tío Conejo quería que nos batiéramos á tijera, pero eso es una barbaridá.

—Considera, hijo mío, que te puede ocurrir una desgracia.

—Ningún caballero tiene eso presente en tales casos. Ahí tié osté al hermano Gato, el ministro, que ha estao á punto de batirse esta semana con el hermano Cambriles, gobernaor de Badajoz.

—Sí, pero no se han batido.

—Porque los padrinos arreglaron la cosa haciendo *costar* en un papel que los dos son mu bizarros y mu caballeros.

—¡Si los padrinos que vosotros habéis nombrado fueran capaces de proceder tan cuerdamente!... ¡Pero entre dos tenientes de cura y dos gitanos, calcula tú los desatinos que pueden cometer!

—Pus que hagan lo que quieran, yo no me güelvo atrás.

—Afortunadamente me has advertido á tiempo, y yo haré que los padrinos os carguen las pistolas sin bala, ó que elijan una espada sin punta ni filo, que es lo que se hace en la generalidad de estos casos; y si los padrinos no se prestan á esa farsa haré que os prendan los agentes de la autoridad cuando vayáis al campo del honor, pues también se acostumbra á hacer eso con mucha frecuencia.

—¡Osté quiere sin duda deshonrarme, nostramo!

—Nada de eso. Lo que quiero es que el desafío se verifique en la botica de la tía Geroma, donde no hay peligro de que os descornéis ni tú ni el sacristán.

—La verdá es, nostramo, que esa sería la mejor solución; pero después de los insultos y de las gofetás...

—Los insultos se los lleva el aire, suponiendo que sea un insulto llamar borracho á un hombre como tú que duermes con la bota en la mano; y en cuanto á las bofetadas ya se hará cargo el sacristán de que en otras ocasiones han mediado palos, y sin embargo...

—Sí, señor; ahora recuerdo los que le atizaron al hermano Uñón, sin que llegara la sangre al río.

—Bueno. Vete ahora á acostar y deja por mi cuenta tu desafío.

Creo que tienen razón
los que en casos apurados
arreglan estos belenes
á tragos.



—¡Por Dios, señor alcalde!

¡Por Dios, deme usted algo,

que á fuer de no comer
me estoy evaporando!

—¡Tú eres un maestro *indino*!

¡Tú eres un mal cristiano!

y mientras no te mueras
no has de ver un ochavo.

LOS JUERGUISTAS.

Los niños de la aristocracia han dado señales de vida dos ó tres días seguidos, asaltando las casas de prostitución y haciendo mil fechorías con las desgraciadas mujeres que encontraron.

¡En algo han de ocuparse los pobrecitos.

Sus papás los libraron del servicio militar por un puñado de pesetas, y como ni tienen que servir á la patria, ni á la sociedad, ni á nadie, y en esta época del año no hay corridas de toros, ni romerías, ni verbenas, se ven obligados á improvisar las *juergas* que pueden, para matar el ocio en que viven de continuo.

De todas estas razones han debido hacerse cargo también las autoridades, cuando solo á uno de ellos lo llevaron á la cárcel para ponerlo en libertad al día siguiente.

¿Y decían ustedes que no nos vamos á regenerar el mejor día?...

¡Pues si apenas nos falta ya un pelo!



Un pájaro de los que apoyan siempre al Gobierno, porque olfatean que así es como se echa buen pelo.

!!!HORROR!!!

En el manicomio de Ciempozuelos hay un fraile, una monja y un médico acusa dos públicamente en la prensa periódica de varios crímenes cometidos en la persona de una infeliz asilada.

Y ni el médico, ni la monja, ni el fraile, han sido molestados á estas horas, que nosotros sepamos, por ningún juez, por ningún gobernador, por ningún Nuncio, por ningún obispo, por ninguna diputación provincial, ni por ningún gobierno.

Es más: ni siquiera ha habido un diputado á Cortes que se atreva á llevar ese asunto ante la representación nacional.

Un país donde suceden esas cosas está irremisiblemente perdido, y es muy digno de que le gobiernen Silvela, Sagasta y el Padre Menni.

¡Horror de los horrores!



—Desde que entró aquí el Padre José se ha convertido esta casa en un infierno. ¿Lo mato á él ó á ella?...

Dice un periódico que el día de San Antón le dieron una carrera en pelo en la Plaza Mayor á un curiana, que andaba de chicoleos con dos *ninfas peseteras*.

Bueno. ¡Que lo casen, y en paz!



En el cuarto del teléfono metióse ayer Fray Liberto y suplicó á la Central muy cortés y muy atento le hiciera ponerse al habla con don Práxedes Mateo. Sonó el timbre algo rabioso de allá á los pocos momentos, y una voz algo cascada hizo esta pregunta al Lego: —¿Quién me llama?

—Soy Silvela que hablarle quiere un momento —¿Pues qué ocurre, amigo Paco? —Que se conjura el infierno contra usted. La mayoría se me está subiendo al cuello, y parte de ella pretende hacer ver al universo que usted ha sido un follón, un malandrín, un lobezno que ha traicionado á la patria después de dejarla en cueros. —¿Y para qué está usted hoy

al frente de ese gobierno, si no es para que á mí se me perdonen mis yerros?

—Es que la marea crece, y yo ya me estoy temiendo le canten el *gori gori* dentro de muy poco tiempo.

—¡Es que pediré el poder y fusilaré hasta al Verbo!

—¿Y si á usted no se lo dan?

—¡Me haré entonces *petrolero*!

—¡Ja ja ja!

—¿Se ríe usted?

—Me río de su *canguelo*.

—¡Eso es faltarme, Paquito!

—Esto es sobrarte, Mateo.

—Presumo que está usted loco.

—No, señor; cuerdo y muy cuerdo.

—Entonces no es usted Paco.

¿Quién es usted?

—¡¡¡Fray Liberto!!!

—¡Maldita sea tu estampa!

—¡Maldito el traidor eterno!



Carta de Fray Liberto á las Damas de honor y mérito.

Mu señoras mías: Los papeles públicos me han dao á conocer la existencia de ostés, pues yo estaba en la creencia de que en esta tierra no había ya honor ni mérito alguno. ¡Ay! ¡Cuánto me alegro de que ostés anden todavía por el mundo representando esas dos virtudes! Pero arreparen ostés lo que dicen esos mismos papeles de los niños que están en la Inclusa bajo la maternal dirección de ostés, y díganme luego, si es verdad lo que dicen, en qué consisten el honor y el mérito en estos tiempos. Niños que mueren de hambre por no tener quien les dé una mala teta; niños aletargaos pa que no lloren de noche; niños ataos pa que no se orinen en la cama; niños, en fin, víctimas de los malos tratos, del abandono y la miseria.

Me dirán ostés que de too eso tienen la culpa la Diputación provincial porque no suelta la *guita* y las hermanas encargás de cuidar á los niños. Pero á esto les diré yo: ¿Es que ostés no se han enterao de ná de lo que allí pasa? Y si se han enterao ostés de que los niños de la Inclusa se mueren de hambre, ¿cómo es que no se han agarrao á sus propios pechos esas probes criaturas, ni han dicho ostés lo que pasaba pa que toos los españoles hubiéramos acudío con el correspondien-

te biberón y el correspondiente látigo?

¡Ay, hermanitas! Me desfiguro yo que ostés se han desvanecío con su honor y su mérito, y así se ocupan ostés de los incluseros como Villaverde de las angustias de los españoles que no tenemos un cuarto.

Creo por tanto, que si no su honor, por lo menos su mérito, necesita un jabón de primera clase.

Con que aliviarse, y expresiones al padre espiritual, que también debe andar güeno de honores y merecimientos.

A los piés de ostés

FRAY LIBERTO.



—Te digo que me está haciendo falta una capa, porque yo estoy muerto de frío.

—¿Y crees tú que estoy yo sudando?

—Pues por eso debemos ver si nos encontramos dos gabanes de pieles.

DESDE EL CAMPO DE GIBRALTAR

Estimado Liberto: Te habrá extrañado mi largo silencio, y tal vez me hayas encomendado á Dios en tus cortas oraciones creyéndome víctima de alguna *cornada de burro*; pero á Dios

gracias, sigo sin novedad en mi importante salud.

Lo que hay es, que con la salida del año viejo y la entrada en el nuevo, he logrado empalmar una *jumera* con otra, pues soy, como sabes, de tu misma escuela, permaneciendo en estado casi *beatífico* hasta la otra noche que me despertó el zumbir de los remos de un falucho cargado de contrabando, que por cierto fué apresado por unos marineros de la Arrendataria de Tabacos; y cádate ahí que desde aquel momento no pude volver á mi estado de *santidad*, de lo que me alegré luego mucho, pues no bien hubo amanecido cuando llegaron los vapores de Gibraltar á esta bahía y se armó un zafarrancho de mil demonios. Los carabineros, por primera vez en su vida, se decidieron á registrar en la Aduana á todo bicho viviente, incluso los *señoritos* que iban y venían á la vecina plaza inglesa sin que nadie les molestara. ¿Y querrás creerlo? Parece que á un distinguido personaje le sacaron del levitón hasta *¡catorce libras de tabaco!* A otros *aristócratas* les fueron también hallados varios paquetitos de tabaco é infinidad de puros de varios tamaños. ¡Gracias á Dios que estos matuteros han caído una vez en el garlito!

Desde mi última carta deben haber ocurrido en la Aduana de Algeciras cosas bastante peliagudas, cuando en menos de 24 horas fueron trasladados en forma de arresto y á sitios muy distintos de esta población, varios carabineros y el teniente de la partida de vigilancia de estos muelles. Yo creo que no basta con eso. Hay en esta Aduana ciertos empleados que, por lo que se observa, merecen también que les metan mano. Con un sueldo relativamente insignificante, ¿puede nadie darse vida de príncipe y ahorrar enormes capitales?

Necesito, querido Libertó, que me facilites las tarifas de Aduanas, para saber lo que paga el quintal de corcho en plancha, pues exportándose por aquí grandes cantidades de dicho artículo, quiero publicar en tu periódico los rendimientos que por tal concepto obtiene al año la Hacienda, para conocimiento de los habitantes de este Campo que están con este asunto verdaderamente alarmados.

Respecto á las *timbas*, te diré que la guardia civil ha tomado por asalto una *chirlata* donde solo corrían *perras chicas*, deteniendo á doce *puntos*.

El Casino, el café del Convento y el Círculo del cucaracha Bernes, siguen sin novedad ha-

ciendo de las suyas. Los socios del Casino se jactan de que nadie podrá sorprenderles tirando de la oreja á Jorge, pues confían en unos timbres eléctricos que han colocado para que les den la voz de alarma.

Yo creo, amigo Libertó, que á poco que apretemos en nuestra campaña ha de quedar esta región más limpia que una patena de gente maleante.

Te quiere mucho

EL PADRE CANDIL.



CANTARES DE FRAY LIBERTO.

¡Cuando querrá Dios del cielo,
que se acaben los chanchullos,
y que venga aquí la Niña
para espanto de los tunos!

Si vas á Calatayud
dale un palo á la Dolores,
porque dicen que á Sagasta
le concedió sus favores.

Para cuando yo me muera
tengo á estas horas dispuesto
me entierren en una cuba
de buen tintillo manchego.

Un fraile me dijo ayer
que me encuentro excomulgado,
y yo le dije: —Pues Padre,
átame esa mosca al rabo.

Nuestro corresponsal en Miranda de Ebro, el impertérrito *Fray Cosme*, se encuentra enfermo de algún cuidado, y esta es la causa de haber suspendido su acostumbrada carta semanal á este periódico.

Hacemos votos por su pronto restablecimiento.

¿Qué ha pasado en Fuencarral con el coche de don Felipe González Rojas? ¿Es verdad que ha muerto un hombre atropellado por aquél y resultado heridos otros varios?

Pues no es esa, según nuestras noticias, la primera catástrofe que ha perpetrado con su coche *don Celipe*, y si sigue así, habrá que obligarle á marchar á pata.

El obispo de Barcelona quiere que los curas prediquen y enseñen el catecismo en catalán.

Si aquí hubiera un gobierno que no se compusiera de sacristanes, le habría dicho ya á ese obispo:

—Bueno. Su ilustrísima cobrará también en catalán.

Me huelo que va á haber palos,
me huelo que esto se va,
me huelo que aquí sobra alguien,
me huelo que falta pan,
me huelo que hay muchos tunos,
me huelo que hay que podar,
y me huelo que los frailes
escaparse no podrán.

— 8 —

Le era yo indiferente;
Su amor, su único amor me llamó luego,
Mintiendo como siempre;
Ahora me llama vil, canalla, infame...
Ahora sí que me quiere!

Manuel del Palacio.

UN HOMBRE DE SUERTE

Dijo un mendigo pidiendo una limosna á Silvestre:
—Tenga compasión de mí,
que no tengo ni parientes,
ni mujer, casa, ni amigos.
Y airado, contesta éste:
—¡Dice compasión! ¿A un hombre tan dichoso, que no tiene ni casero, ni enemigos, ni mujer de quien reniegue, ni alquileres que le venganzan?...
¡Si es usted un hombre de suerte!

SARTEN DE PAPEL

Les parecerá mentira, pero si ustedes hacen una bolsita de papel, la llenan de aceite y la exponen á la llama de una bujía, verán hervir el aceite inmediatamente sin quemarse la bolsita.

Bien acondicionado el receptáculo de papel se puede freir en él un par de huevos.

— 5 —

El cura de un pueblo tenía un perro á quien quería mucho. Un día se le murió, y fué y lo enterró en el cementerio, como si fuera un feligrés.

No faltó quien pusiera el hecho en conocimiento del obispo, y éste, que sabía que dicho cura estaba en buena posición social, le llamó en seguida con ánimo de imponerle una buena multa.

El cura emprendió la marcha, metiendo antes en el bolsillo 20 onzas de oro, y cuando el obispo empezó á reprehenderle por la profanación que había cometido enterrando un perro en el cementerio de los católicos, exclamó:

—¡Ah, ilustrísimo señor! Ese perro tenía un talento de primer orden.

—¿En qué lo demostró?

—En que sabiendo que su ilustrísima no anda muy bien de fondos, hizo testamento y le legó estas 20 onzas de oro que traigo aquí.

—¡Caramba, caramba!—exclamó el obispo.—Efectivamente tenía talento ese animalejo y bien merece que le dejemos reposar en tierra santa.

IRREVERENCIAS

Fué una mujer á pedir á un cura que le administrara la comunión.

La Asamblea de Valladolid ha declarado terminado el período de ruegos y súplicas.

¡Que me agrada!

¿Por qué ha de pedirse lo que uno puede tomar por su propia mano?

Simpáticos comerciantes,

no roguéis á los políticos,

pues tras de no daros nada

os pondrán en trance crítico.

Es mejor que vuestra bota

les arriméis al *culitico*.

PASATIEMPOS.

CHARADITA

Si me das, *todo*, un besito

y un abrazo empuchugado,

te compraré una *dos prima*

para el día de tu santo.

FUGA DE VOCALES

. n e r . y . n . b . t .

s . l . s . b . . l . s . n t . l . c . l .

y . n . m . n . g . q . l . s . v . .

. m p . z . . t . c . r . f . g .

Solución á las anteriores.

A la charada: *Paloma*.

A la fuga de consonantes:

El verde prado y el lejano monte

muro y término son del horizonte.

MADRID —Imo. de Felipe Marqués. Madera, 11. bajo

— 6 —

—Sí, señora, dijo el pater. Esto no vale nada.

Primera irreverencia.

Se dispuso el cura á abrir el Sagrario, y por más esfuerzos que hacía, no podía abrirlo.

—¿Qué demonios habrá aquí dentro? dijo enfurecido el presbítero.

Segunda irreverencia.

Al fin logró abrir el Sagrario y la devota, con un niño en brazos, se acercó al altar eucarístico. El niño quiso tocar el copon, y el cura le dijo la tercera irreverencia —Déjalo, que tiene *caca*.

Al comandante Clemente, jefe de caballería, Doña Blanca en Crevillente de la manera siguiente transmitió la orden del día:

—Que la revista de arnés se pase hoy en un segundo; pienso general después, y en cuanto suenen las tres que me monte todo el mundo.

J. R.

Modo de adivinar un número cualquiera.

Se le dice á una persona: Elija us-

— 7 —

ted mentalmente un número cualquiera; ahora doble usted ese número; agregue usted á esa suma este otro número; quite usted del total la mitad, y de esa mitad, la mitad del número indicado por mí, y el resto es el número que usted había pensado.

Ejemplo: Supongamos que el número pensado es 4; dóblelo usted y se convertirá en 8; agregue usted el número 6 que yo le indico y sumarán 14; de esta cantidad quite usted la mitad y quedarán 7, y si de esta quita usted la mitad del número 6, que yo le indiqué, le quedarán 4, que es el que usted había pensado.

Modo de hacer seis pesetas de una sola.

Llenad un vaso de agua clara; echad dentro una peseta en plata, poned un plato sobre el vaso y dadle rápidamente la vuelta para que el agua no se vierta, y veréis en el fondo del plato una moneda de cinco pesetas y un poco más arriba la que habéis echado en el vaso.

EPIGRAMA

Cuando amigo sincero me llamaba,